



LA REPÚBLICA Y LA INTERVENCIÓN



Si en aquellos instantes en que la República creía haber liquidado todo un pasado de desolación y ruina; en que cada mejicano, con poca exageración podía decirse, tenía detrás de sí, hasta perderse en el horizonte, una línea de tumbas cavadas por la guerra civil; en que no había habido propiamente Gobierno, pues que el grupo reaccionario estaba posesionado del centro, y de lo demás, gobernadores y generales sin más ley que su voluntad ni más freno que el miedo al motín, aunque todo en relación, más bien nominal que real, con el presidente Juárez; ni propiamente sociedad, dividida en la conciencia, en la familia, en la ciudad; en que la agricultura era un expediente rutinero y la minería, la gran riqueza fundamental y legendaria de Méjico, una negociación extranjera, casi improductiva por la falta de brazos, por la sobra de trabajadores anémicos, por la múltiple succión del impuesto; y el comercio yacía desmenuzado por los dos fiscos generales, por los de los Estados, por los peajes ó las confiscaciones de los guerrilleros, por la inseguridad ante la que todo temblaba y todo retrocedía; si en los momentos de este siniestro reposo, por el mes de Enero de 1861, se hubiera levantado la voz de un profeta anunciando la espantable conmoción nueva de la Intervención y el Imperio, probablemente hasta Juárez el inmovible habría perdido el deseo de vivir y se habría sentado desfallecido en el borde del camino,

diciendo : «Estoy cansado, no voy más allá». En estos grandes días de desaliento mueren las patrias ó se acercan á la muerte.

DE 1861 Á 1863

☉ La guerra, para organizar la victoria, tiene que desorganizarlo todo; no hay servicio público en que no abra brecha y que no saque de quicios; la labor del día siguiente resulta más difícil que la de la lucha armada : por esta causa el primer año de la administración reformista, el año de 1861, fué un fracaso gubernamental; ni la sensatez y perseverancia de Juárez, ni el talento de sus consejeros oficiales, ni el deseo de todos de acertar y de encaminar al país por los senderos normales, pudieron nada contra la fatalidad de las cosas, contra el resultado aplastante de factores múltiples que vamos á analizar someramente. Tengo la convicción de que la intervención francesa salvó á la República de naufragar en la anarquía, en el separatismo, en el caos; fué un dolorosísimo paso del Mar Rojo : más allá estaba la ensoñada tierra. ¿La hemos alcanzado? La hemos alcanzado; pero la historia no se detiene nunca, los pueblos marchan, y una tierra de promisión no tiene un área indefinida; se puede entrar en ella, se puede también salir...

☉ El problema inmediato, el vital para toda administración, el del modo de vivir, el del vivir de cualquier modo, pudiera decirse, se planteó clara y brevemente con el laconismo trágico de una interrogación que fuera un muro cerrando el paso. ¿Con qué se iba á hacer la despesa de la República? ¿Con qué se iba á dar de comer á dos mil empleados que la Federación necesitaba dentro y fuera del Distrito, para poder funcionar, y á veinte ó veinticinco mil hombres que componían el ejército vencedor? Y hecha la despesa, ¿qué se podría inventar para pagar á los acreedores que llamaban á la puerta con el puño de la espada? Éramos deudores de los Estados Unidos, pero esta deuda necesitaba liquidarse por medio de una comisión mixta de reclamaciones; no urgía, pues. Éramos deudores de España por mucho más de lo que justamente la debíamos, y nos habían arrancado los enviados españoles la terrible concesión de convencionar la deuda, de oficializarla, de convertirla en deuda de Gobierno á Gobierno; pero como Juárez había desconocido las autorizaciones dadas á Almonte por el Gobierno nacido del motín de Tacubaya, no había tratado con España que definiese el monto de nuestras obligaciones, que forzosamente quedaban insolutas. Aquí no nos declararíamos insolventes, nos declararíamos lesionados y apelábamos á la rectitud de España para rectificar una iniquidad de que se nos quería hacer víctimas y que subía á dos millones y medio de pesos.

☉ La cuestión española era la que más y la que menos preocupaba al Gobierno. La actitud de España desde la caída de Santa Anna, que estuvo dispuesto á resucitar en Méjico la monarquía de un Borbón, había sido notoriamente helada con el partido liberal, no sólo por la cuestión eclesiástica, que ha sido, que es

quizás el *NOLLI ME TANGERE* de la política española, sino porque los vínculos naturales que unían á los liberales mejicanos con los partidarios de la independencia de Cuba eran manifiestos, todo lo contrario de lo que con los conservadores sucedía. De aquí los juramentos de amistad eterna y amor nacional cambiados entre Zuloaga y Miramón y el Gobierno español y los capitanes generales de Cuba, por encima de la cabeza de Juárez. De aquí un amago constante á Veracruz, sordo y disimulado no siempre; de aquí la descarada complicidad con Miramón en el asunto de la flotilla de Marín, que no trajo la consecuencia del bombardeo de Veracruz por la escuadra ibera, gracias á la actitud dudosa de los buques ingleses y á la resuelta de los americanos.

☉ Y lo más significativo en esta conducta oficial de España había sido el envío de un embajador (resultado del pacto Mon-Almonte formalmente repelido por el Gobierno constitucional) y la decisión de ese embajador de reconocer como Gobierno de derecho al Gobierno reaccionario, que, por declaración del cuerpo diplomático, ya no lo era ni de hecho siquiera. Precisamente el único Gobierno de hecho, aun dando de mano sus títulos de legitimidad, era el que, á consecuencia de la batalla de Silao, había reducido á la reacción á los perímetros de Méjico, Guadalajara y Puebla. Mas, para el embajador Pacheco, esto no existía, esta situación le era ignorada; ni el hecho ni el derecho existían en otra parte que en la cabeza de Miramón, declarado rebelde por Zuloaga. El Gobierno liberal resintió profundamente la gratuita injuria, puesto que el ministro de S. M. C. tenía en el caso el pleno derecho de reservarse y abstenerse, y se propuso castigarla, y tal fué el consejo vehemente del Sr. Ocampo. Pero este castigo, para obrar diplomáticamente, debía ser personal, sin trascendencia á España, que habría respondido con una declaración de guerra. Esto quizás no se temía, pero tampoco se deseaba; habría sido una formidable complicación, y Juárez, todo cabeza serena y todo pulso, no pretendió jamás provocarla. Ocampo, al comunicar á Pacheco el orden de expulsión, tuvo cuidado de poner á salvo el respeto á España. Y todavía más; cuando, inmediatamente después del suceso, se encargó el ilustre publicista Zarco de la cartera de Relaciones, hubo, según parece, una tentativa que debe de haber partido del temperamento ingenuamente cordial de González Ortega, amigo flamante del Sr. Pacheco, en favor de un cambio de actitud que no podía basarse sino en el reconocimiento del Gobierno liberal por el embajador, lo que, si de veras sucedió, lo que es dudoso, no tuvo resultado alguno. Y curiosísimo es que se haya achacado á debilidad del Presidente Juárez un acto de rudimentaria diplomacia; en la situación que atravesaba el Gobierno no había que desperdiciar una ocasión sola de usar recursos de este género, si la diplomacia es el arte de evitar los rozamientos y conflictos internacionales dejando intacta la honra de las naciones necesariamente en contacto.

☉ Mucho se ha exagerado y se exageró entonces la participación directa de los españoles en la guerra de tres años; eran contados los militantes y en las mismas filas liberales los hubo; pero la participación indirecta, la ayuda que viene de la simpatía por una causa, del deseo de verla triunfar, fué casi unánime entre los españoles; muy pocos hubo que no hubiesen deseado el triunfo de la

reacción (que por su misma definición era la vuelta ó la aproximación al régimen colonial), porque los Gobiernos reactivos eran filo-hispánicos, porque defendían el catolicismo. En su gran mayoría, los españoles de aquí eran incultos por extremo; de ellos salía por el trabajo, por la fortuna, un grupo selecto que dominaba el resto de la masa española y la explotaba y que solía componerse de personas de admirable entereza de carácter, de inteligencia despierta para los negocios, muy ávida, pero muy generosa y caritativa; ese grupo surgía del fondo de su PANINO humano con la misma pasión de intolerancia, de odio á las ideas nuevas tan contrarias al modo de pensar de la población culta de las grandes ciudades de la península: entre un Mier, un Gargollo, un Villa, un Somellera, un Velasco, un Mendoza Cortina, y un Salamanca, un González Bravo, un Isturiz, un Mon (citamos sólo conservadores españoles) había la misma distancia intelectual que entre esos próceres de la colonia hispano-mejicana y los purgadores y cómitres analfabetas de los ingenios azucareros de nuestras tierras calientes. Había excepciones y se asoman á mi memoria las fisonomías del exquisito volteriano D. José María Bassoco, del eximio escritor D. Anselmo de la Portilla, del poeta correcto y dulce D. Casimiro del Collado y de Emilio Rey y otros. Pero no hablemos de lo excepcional.

¶ Y decíamos que nuestra situación con España era lo que más preocupaba al Gobierno que, todavía á mediados del sesenta y uno, no creía en la intrusión de Inglaterra y Francia en nuestros asuntos como AD LATERES de S. M. C.; y era, sin embargo, lo que le preocupaba menos, porque en la sociedad mejicana había, no diremos la creencia, diremos la fe, porque tenía algo de inspirado, de que para España éramos invencibles; los anales de la guerra de Independencia no autorizaban mucho esa seguridad, con sólo recordar que el insigne capitán Morelos rodeado de su mejor ejército había sido aniquilado por los realistas en un par de batallas; pero el pueblo no fija en su memoria histórica sino un bloque de recuerdos que terminan en una victoria, y todo lo refiere al final y todo se le esconde detrás del desenlace. Para las reminiscencias del pueblo, toda la lucha con España se resume así: el grito de Dolores; la ruptura del sitio de Cuautla por Morelos; la entrada del ejército trigarante en Méjico y la capitulación de Barradas en Tampico. Luego éramos invencibles para España. ¿Quién sabe? Lo que era imposible era la empresa de la reconquista, no las victorias parciales. Para la lucha con adversarios cuyos elementos de combate se equilibran un poco con los suyos, el soldado español es incomparable; todavía es el soldado de Gonzalo de Córdoba, de Pescara, de Farnesio y de Spínola. Mas, no cabe duda, esta confianza en nuestra superioridad guerrera sobre España en nuestra tierra, era un buen elemento de éxito; eso que decían entonces los periodistas y los tribunos, «las piedras solas se levantarían contra España», era una metáfora que traducía una verdad. ¿Por qué ese odio reconcentrado contra España, que es nuestra madre, á quien debemos el imponderable bien de habernos puesto en contacto con la civilización humana, de haber amalgamado en un solo pueblo tantos elementos disímbolos y en discordia perenne como componían los señófos de Méjico precortesiano y haber reamalgamado esta fusión con el elemento europeo, hacien-

do de todo este conjunto el verdadero pueblo mejicano? Reiteramos aquí la explicación que en otro libro dimos de este fenómeno; á fuerza de protegerlo y señorearlo, el fraile logró que el indio y el mestizo inferior profesasen la religión del aislamiento de los españoles; éstos, empero, se mezclaban abusando de su fuerza y de su predominio y engendraban una estirpe, no nacida del amor sino de la violencia, que quedaba en poder de la madre y del fraile. El cuadro de Parra que representa á Las Casas entre una indígena sollozante que busca amparo en el fraile y el cadáver del esposo asesinado, es bien simbólico; el augusto dominico es la personificación de los misioneros acogiendo á los conquistados bajo sus banderas crucíferas y defendiéndolos con la égida santa del Evangelio traducido por sus labios fervorosos con incomparable elocuencia; mas el símbolo sería completo si pudiera adivinarse que la mujer lleva en sus entrañas el fruto del deseo efímero y brutal del forzador español: ese fruto fué el pueblo mejicano. Y si se ahondara un poco este problema genésico, encontraríamos que el odio al español, al GACHUPÍN, como se le designaba en Méjico, parecía venir de la religión misma, de la que los frailes predicaban á la raza conquistada.

¶ Transcurridos los siglos, casi nada se había modificado en la sociedad mejicana en materia de sentimientos: seguía siendo tratado el indio rural por su amo con rasgos paternales y generosos y rasgos de sangre, los que dejaba la fusta en las espaldas del siervo. En cuanto al indígena ó al mestizo urbanos, ó formaban la servidumbre y clientela de los conventos y de las casas ricas ó, con un poco de libertad, eran explotados hasta la medula por la usura en todas sus fases y condiciones. Á las terribles explosiones de odio de la guerra de Independencia y de los años angustiosos de la expulsión, había sucedido un STATU QUO de rencor perpetuamente rumiado y que se explica bien dadas las ocupaciones sociales de una buena porción de los colonos españoles tenderos ó estafadores en la hacienda y empeñeros ó ladrones en la ciudad. El antiespañolismo social en Méjico, es igual al antisemitismo en Polonia y Rusia: análogas son sus causas. Por eso fué un acto político de maravillosa trascendencia el del general Prim, porque si no cambió este sentimiento casi unánime en la antigua Nueva España, sí lo transformó dentro del núcleo director de la revolución reformista que era la que guiaba al pueblo en aquellas horas de exaltación y arrebató, y esto inició una nueva era en las relaciones de españoles y mejicanos; más es lo que hoy nos une, que lo que nos desunía antes del Conde de Reus.

¶ De lo que sí estábamos casi seguros era de que Francia no intervendría. Sólo pensarlo era absurdo; el partido triunfante en Calpulalpam, era francés hasta en sus entretelas. En los libros franceses había deletreado la Reforma; las medidas tomadas eran semejantes á las que los franceses de la Revolución habían encontrado necesarias para constituir la democracia y el estado laico; escribía en francés el partido liberal, como todavía nosotros que de él descendemos en línea recta; escribía en galicismos perpetuos el partido que escribía con las plumas de Ramírez, de Prieto, de Zamacona, de Zarco, de Ocampo, de Mendoza, de Cruz Ahedo, de Ruiz; era ésta una manifestación más de nuestra independencia de España; era sobre todo que queríamos ignorar casi el idioma en que